

José Carlos Chiriamonte, Carlos Marichal y Aimer Granados,
compiladores.

Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina.

Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2008. 378 páginas.

En el marco conmemorativo del bicentenario de las independencias iberoamericanas, esta compilación ofrece un balance histórico que gira alrededor del problema que afrontaron las élites americanas de cómo nombrar a sus naciones, luego del rompimiento con las metrópolis española y portuguesa. En un sentido amplio, *Crear la nación* reitera una constante de la civilización occidental: nombrar la naturaleza para que esta pueda existir. De hecho, la obra muestra, con un alto detalle, la misma tendencia en América Latina. Precisamente, la perspectiva analítica alude a la construcción nominal de diversas realidades políticas en un momento histórico en el que se puso en duda la toponimia colonial.

Este libro llega a tres resultados importantes que tienen que ver con la creación social del espacio. El primero es que la tarea de nombrar los países latinoamericanos siguió las improntas de las élites; lo interesante es que tal nominación ha sido reafirmada por la historiografía, una y otra vez, como una trayectoria decididamente excluyente pero a la vez muy poco revisada. El segundo hallazgo es la profundización en los disensos que suscitaron los nombres nacionales, que, fundamentalmente, reflejan las contradicciones internas y externas de los proyectos políticos republicanos que se instauraron con la Independencia. En último término y no menos importante, el libro aclara el tiempo histórico que subyace en este proceso. Un primer momento corresponde al mito, período en el cual se buscan referentes del pasado indígena, y, en último lugar, se acude a los referentes europeos; pero, indudablemente, estas referencias se inscriben en el ámbito de la geografía. Luego, una segunda fase hace mención al distanciamiento con la tradición precedente, pero tal período (variable según cada caso) condensa las implicaciones positivas y negativas de la introducción del liberalismo político en América Latina a lo largo del siglo XIX, e incluso durante las primeras décadas del siglo XX.

Puesto que se trata de un trabajo de síntesis comparativa que devela la construcción histórica del espacio político latinoamericano —construcción que durante el siglo XIX obedeció tanto a la cultura política como a los referentes geográficos del continente—, ofrece tantas lecturas como formas de articulación. Una de ellas es la distinción entre las Américas: la española, la lusitana y la francesa. Otra manera en que se organiza el libro inicia con la presentación de los países del sur para concluir con los del norte del continente. También con la perspectiva de la América continental e insular. No obstante, en las particularidades históricas que surgen en el proceso de asignar los nombres a las nuevas formas políticas sí quedan en claro una suerte de puntos de encuentro de los casos estudiados, que sirven de guía de orientación, tanto teórica como metodológica, a lo largo del libro: la base mitológica que nutre las ideas políticas y

[317]

sociales que suscitan tales asignaciones; la creación de las identidades nacionales por oposición cultural —como en el caso de las repúblicas que aparecen con la independencia y que anteriormente estaban integradas por fuerza a virreinos o que comparten un espacio indefinido—; también el grado de aceptación popular de los nuevos nombres como paso previo para la legitimación de las naciones, y, finalmente, las fuertes tensiones entre los americanos, los independentistas y los monárquicos —en especial en el caso brasileño—.

[318]

De acuerdo con el esquema anterior se puede presentar, como la constante inicial en *Crear la nación*, la semblanza de una mitología telúrica que dio origen a los nombres nacionales. El primer caso de estudio es el Brasil, cuyo nombre se originó bien fuese en la explotación maderera o en el conflicto de la identidad americana y portuguesa, pero fue en el utopismo insular donde encontró un marco fundacional; específicamente, tras la independencia, Brasil se constituyó, como una excepción al republicanismo, en una monarquía, en la cual sus élites acudieron a la grandeza ecológica del territorio para ganar la aceptación social del proyecto político monárquico. Siguiendo esta misma lógica, en el caso chileno, desde la colonia hasta la república, el nombre varió para vincular al individuo con el territorio. De ahí que las primeras denominaciones del país aludieran a una riqueza natural no descubierta —la copia feliz del Edén— y que el nombre republicano de Chile hiciera referencia a una simbología ilusoria. Como en cualquier modelo mitológico, la propuesta en ambos casos era divulgar una nueva pedagogía republicana que ineludiblemente realizaba el elemento territorial del Estado a través de las riquezas que la naturaleza les guardaba a los recién constituidos súbditos brasileños y ciudadanos chilenos. Otro ejemplo de la mitología telúrica tiene que ver con el nombre del Ecuador, inspirado en la ilustración y la ciencia, en los paisajes retratados por Humbolt; una línea imaginada en el centro del mundo representaba el ideal de una igualdad política. Desde luego, el mito telúrico también se presentó en otros países como Colombia, además de Argentina, México, Paraguay, Perú o Uruguay. A partir del análisis del mito telúrico se desprende una primera tesis histórica argumentada en este texto: el que los nombres de tradición europea como Colombia fueron acogidos en las sociedades en las cuales el elemento indígena no era mayoritario. Por el contrario, nombres como Perú o México fueron implantados en las naciones con mayorías indígenas.

El segundo ordenador del libro enseña la serie de tensiones políticas y sociales, endógenas y exógenas, que acompañaron el inicio de los proyectos nacionales. Argentina ocupa el lugar donde las contradicciones endógenas —regionales— alimentaron las discusiones alrededor del nombre de la nación. Solamente cuando Buenos Aires se impone en el contexto nacional como centro político y económico, el nombre de Argentina tiene repunte. Así, Argentina nace como una expresión poética que refleja la controversia en torno a qué modelo de Estado debía primar, acaso la confederación, la federación o la republica unitaria. Perú

es una muestra tácita y singular de las contradicciones endógenas; aparentemente el nombre Perú no reflejó las distancias entre los sectores políticos o sociales. Lo que sí demuestra es cierta indeferencia de las élites respecto a la independencia de España y el miedo profundo a la población indígena. Desde la perspectiva de las élites peruanas, el nombre Perú brindaba la neutralidad necesaria para continuar controlando a los indígenas, puesto que dicho nombre no podía ser vindicado por algún grupo específico.

Las contradicciones exógenas más agudas se registraron en las unidades políticas de menor extensión. Los nombres de Haití y de República Dominicana surgen en el vórtice de una grave confrontación sociorracial. Desde luego, Haití se enmarca en la mitología independentista cuando reclama su autonomía en medio de la crisis revolucionaria francesa. Ante el panorama de la violencia aneja al desmantelamiento del sistema esclavista en la isla, los dominicanos reaccionaron oponiéndose al alcance de los haitianos. De ahí que el nombre colonial de Santo Domingo continuara en la toponimia republicana bajo la forma de un adjetivo. En el sur del continente, son tanto Uruguay como Paraguay los países donde se repite el modelo de identidad política por oposición en un contexto internacional desfavorable para ambos. Los componentes recurrentes en tales nominaciones son el aislamiento y el individualismo, que redundan en personalidades políticas de diferenciación respecto a la Argentina y Brasil.

Un proyecto supranacional malogrado, la República de Colombia (“Gran Colombia”), repercutió en la aceptación de los nombres de Venezuela y Ecuador en distinción a tal integración. Aunque luego de la ruptura se mantienen los símbolos nacionales que comparten un mismo origen, como los colores de banderas y el culto a Bolívar, la distinción tiene que ver con que dichos nombres no mantenían los compromisos políticos con el gobierno de Bogotá. Sustancialmente, el análisis de la historiografía venezolana del siglo XIX enfatiza la separación física y política de Colombia y que el nombre de Venezuela acentúa dicha ruptura. También la oposición al modelo supranacional colombiano y al proyecto mexicano provee la idea de una unidad centroamericana que se vio frustrada por la incapacidad política de los unionistas.

Un elemento de cohesión de los proyectos nacionales es el reconocimiento al interior de la sociedad, aunado al de la comunidad internacional. Los gobiernos independentistas colombianos y los siguientes invocaron la legitimidad interna y externa sirviéndose de un nombre que rememoró la idea de la unidad continental. No obstante, este ejercicio de afirmación identitaria se prolongó casi por un siglo al avanzar el proyecto de Estado asociado a las dinámicas del capitalismo.

La legitimidad interna de un proyecto político, que resulta ser también su aceptación social, es focalizada en este libro como una arista en la historicidad de los nombres de las naciones americanas. El hecho problemático aquí es que la elección de un nombre amplifica los imaginarios respecto al orden social. Haití

[319]

rememora la imagen de la libertad; Santo Domingo, el gobierno de una sociedad jerarquizada del mundo blanco; México y Perú son vocablos indígenas neutros y a la vez homogeneizadores.

En el plano de las controversias internas, en oportunidades precisas, el significado político del territorio adquirió mayor trascendencia que el nombre. En Cuba se expone tal fenómeno cuando la patria fue el recurso que la aristocracia azucarera (sacarocracia) empleó para configurar la distinción de los sujetos en un mismo espacio político. Posteriormente, la patria fue empleada por la revolución como catalizador de la identidad popular.

[320]

Dos tipos únicos de identidad nacional acompañan la adhesión a los nombres de Bolivia y Puerto Rico. Para los bolivianos, la nominación logró superar tanto el localismo, el regionalismo e incluso el indigenismo; sin embargo, en la historicidad de la toponimia subyace un asunto inextricable. Lo anterior hace mención a que Bolivia fue un nombre impuesto por los colombianos durante la guerra independentista y la discusión historiográfica sobre el origen extranjero se diluye en la continuación del homenaje a Bolívar. Puerto Rico tal vez sea la sociedad que logra la identidad en torno al nombre de una expresión política carente de Estado. En este sentido, los cimientos de la nacionalidad pertenecen al terreno cultural más que al de la política.

En suma, este libro subraya un hecho notorio en la historia política de Iberoamérica. El punto nodal de tal hecho histórico traduce una urgencia vivida por las élites políticas por construir los Estados nacionales a partir no del consenso acerca de la realidad social y material, sino en la esfera nominal de una nueva retórica que define la naturaleza política de la sociedad. De ahí que sea el predominio del constitucionalismo y del formalismo jurídico la constante en cuanto a la búsqueda de las bases políticas de la construcción de los Estados nacionales. A manera de crítica final, este ejercicio se centra más en las particularidades políticas de la creación de los espacios y menos en la indagación por los supuestos sociales —exitosos o fallidos— que giran alrededor de los proyectos nacionales en el siglo XIX. Así, resulta más conveniente apelar a las nociones geográficas como país o región que a las ideas de nación y sociedad. Aún el debate de las identidades adquiere interés, ya que la historia latinoamericana sigue teniendo como una de sus ideas matrices el proceso que llevó a la creación de los Estados y la adopción del republicanismo como fórmula política.

GILBERTO ENRIQUE PARADA GARCÍA

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

geparadag@unal.edu.co